

Cuando el amor vuelve

Serena Arci



Capítulo 1



La taza humeante y caliente que se percibe en mi mesa suelta un agradable aroma de café, y esta va ascendiendo suavemente hasta llegar a mi olfato y deleitarme con su agradable olor. Miro a mi alrededor, los comensales de la barra y de las mesas charlan entre sí; una pareja de jóvenes enamorados se distingue a mi izquierda, mientras que, a mi derecha, la ventana se descubre con la persiana a media y en donde puedo percibir por la parte baja a la gente andar.

Esa noche había dejado todo en orden en mi hogar; Trevor había terminado de hacer sus tareas escolares, la pequeña Sara se había duchado y metido a la cama a tiempo, y la niñera, que era mi sobrina, había aceptado cuidarlos esa misma noche por la módica cantidad de tres dólares.

Nunca creí que fuera posible aguardar en un lugar como ese y después de tanto tiempo. Nunca creí que yo, tuviese nuevamente la oportunidad de estar con una mujer y mucho menos después de lo que pasé.

Quince años atrás, había conocido a Esmeralda. Qué mujer tan exuberante, tan llena de vida, tan hermosa, tan alegre y tan apasionada. Cuando la conocí en el primer año de la universidad, decidí hacer todo lo posible para que se fijase en mí. Sin embargo esta atractiva chica fue la

enamorada de mi mejor amigo Juan, y yo, pasé hacer otro candidato más de su extensa y laborada lista. Esperé a que lo dejase, y cuando se separaron no tardé en cortejarla. Después de varios meses y de súplicas constantes de mi parte al final decidió aceptarme. Con el paso del tiempo y de momentos mágicos en su compañía supe que esa chica tendría que ser mi mujer, y en el último año de Ingeniería le propuse matrimonio y me casé con ella.

Los primeros dos años fueron espléndidos y maravillosos. Salió embarazada y después de nueve meses dio a luz al pequeño Trevor. Por aquel entonces había encontrado mi primer empleo y aunque no me redituaba demasiado hacía lo posible por complacer todos sus gustos y extravagancias. Siempre me había recriminado que por mi causa había abandonado los estudios por dar a luz al pequeño Trevor, ya que yo se lo había indicado cuando se desmayó en el campus. Cuando quiso retomarlos, nuevamente salió embarazada y esta vez de un pequeñín que perdimos en el primer trimestre del embarazo. En ese lapso se percibía por la casa muy cabizbaja y aunque intenté animarla numerosamente ella me rechazaba. Posteriormente quedó embarazada y más tarde dio a luz a la pequeña Sara.

Con el paso del tiempo la percibí distante y retraída, no me saludaba ni me cuestionaba con respecto al trabajo, dejó de recoger al niño en el colegio y a la pequeña Sara la dejó al cuidado de la abuela. Aunque en reiteradas ocasiones le pregunté, ella simplemente evadía mi cuestionamiento y se encerraba en la alcoba.

Una tarde calurosa, retorné del trabajo sin avisar. Ya que hacía más de una semana que había salido de la ciudad para reunirme con algunos socios en el extranjero, pero como todo salió según lo planeado regresé dos días antes de lo previsto. Cuando ingresé en la residencia percibí una chaqueta negra en el perchero. Pensé, que tal vez se trataba de algún pariente por parte de ella así que decidí concurrir con ellos en la planta baja. No localicé a nadie, así que decidí montar escaleras y coincidir con ellos en la recámara. Seguramente tendría que ser su padre ya que a menudo nos visitaba y como la puerta del closet necesitaba ajuste indudablemente el señor Tomásí habría ofrecido su apoyo.

Cuando abrí la puerta de mi habitación y la descubrí en la cama, muy abrazada al cuerpo de un hombre declaré:

—¡Esmeralda!

Ella se incorporó de súbito y me miró sorprendida.

—¿Qué haces aquí?

—¡No...! Dime, ¿qué pendejadas estás haciendo?

Ella tomó la bata que se hallaba a su izquierda y se la colocó, el hombre que se percibía a su costado era precisamente Juan que en cuanto me vio se levantó de la cama y se colocó una frazada en la parte baja.

—David —musitó aquel tipo—, sé que no tengo vergüenza, pero Esmeralda y yo siempre nos hemos amado, y, a decir verdad, nunca la he dejado de querer... Lamento mucho que te enteraras de esta forma, créeme.

—¿Cómo que lo lamentas...? Ya te percataste de que estás en mi cama y con mi mujer. Mi mujer...

Salí de la alcoba y marché en dirección al estudio en donde mantenía guardado un revólver. Cuando abrí el cajón del escritorio encontré el arma. No esperé y busqué con desesperación las balas que tenía alzadas sobre la repisa de fotografías familiares. Con rapidez y con movimiento algo torpe, traté de colocar en cada orificio una bala. En ese momento escuché ruidos en la estancia e imaginé por un instante de que se trataba de aquellos dos amantes. En cuanto descendí por las escaleras con el revolver en mano, me di cuenta de que era mi suegra con Sara en brazos y con Trevor a su costado.

—Papi —dijo Sara.

—David, ¿Qué has hecho? —exclamó mi suegra.

—No, Hilda, ¡que ha hecho su hija! Esa maldita puta la he hallado en cama con el hijo de perra de Juan...

De inmediato ascendí por las escaleras y me dirigí a la recámara. Hilda, que no lo dudó, dejó a Sara con Trevor en la estancia y subió tras de mí. Ya en la habitación entré en ella, y con el revólver en mano apunté en dirección de Juan. Esmeralda no lo dudó y se colocó entre el arma y él, yo, tragué saliva y continué apuntando, pues estaba decidido a enviarlos a los dos al mismísimo infierno.

—¡Por Dios, hijo! ¡Tranquilízate! —dijo la madre con desesperación y cogiéndome por el antebrazo con rapidez—. No vale la pena hacer semejante tontería. Piensa en tus hijos... tus hijos. —Yo la miré a los ojos, su mirar se percibía sincero y angustioso. Y mientras la contemplaba, Juan no perdió el tiempo y se acercó a mí para coger mi mano con precipitación y por donde portaba el arma. En ese momento me miró a los ojos y comenzamos a forcejear por toda la habitación. Juan, con agilidad golpeó mi mano contra la pared para que yo la soltase. Cuando esta cayó a mis pies Hilda la tomó. Ya sin aquel objeto en mano con el que pretendía librarme de mis pesares cogí por el cuello a mi contrincante y lo arrojé al

suelo. Ahí, y sin dudar, comencé a desquitar todo el enojo y dolor que sentía en el alma, pues me sentía más que timado, me sentía defraudado. Estando sobre él, y con el puño ensangrentado, no paré de golpearlo en el rostro. Se venían a mí todas aquellas ocasiones en la que Esmeralda no quería tener intimidad conmigo porque seguramente este hijo de perra había saciado sus necesidades. Golpe tras golpe di en su rostro hasta que quedé sin aliento.

De la nada, una voz pequeña se escuchó en la alcoba.

—Papito, no.

Cuando giré el rostro, la pequeña Sara se percibía en el umbral de la puerta.

—¡No pegues, papito, no pegues!

Dejé al cabrón en el suelo y traté de acercarme a ella. Pero cuando estiré los brazos para tomarla, miré cómo esta contemplaba atónita mis manos ensangrentadas. Hilda se apresuró y se acercó primero, la cogió en brazos para después retirarla de la habitación, y al pasar por el pasillo se topó con Trevor. No lo dudó y lo tomó por la muñeca para dirigirlo a su alcoba.

Cuando giré, contemplé cómo Esmeralda lloraba sobre el cuerpo de su amante. Al acercarme a ellos miré con cuanto amor lo abrazaba suplicando que este no estuviera tan mal herido.

—¡Juan, amor mío! —Cómo me dolieron aquellas palabras que un día fueron para mí—. No te mueras, no mueras. Te amo, yo te amo.

Respiré hondo, me acerqué a ella y la cogí por el cuello. Esta se elevó ante mí, y mirando sus ojos azules llenos de lágrimas y cubiertas de dolor, me atreví a declarar:

—¡Maldita perra!

En ese instante Juan cogió mi pierna y con su único ojo sano me miró.

—Déjala... Ella no tiene la culpa, yo... insistí hasta hacerla ceder...

Me quité su mano con ira sacudiendo mi pierna. Y con todas mis fuerzas pateé sus costillas.

—No te hablé a ti. Deja que solucione este problema con mi mujer.

—Será mucho tu mujer —replicó—, pero ella me ama a mí.

Solté a Esmeralda y como una fiera me abalancé hacia él. La sangre me hirvió... cómo se atrevía a insultarme de esa manera. Después de unos segundos Esmeralda comenzó a golpearme por la espalda, pero aun así no solté el cuerpo de aquel cabrón y continué. De repente... un golpe tan fuerte y sonante se escuchó en la habitación y un porrazo rimbombante dio en mi cabeza que rápidamente me desplomó sobre mi víctima. Lo siguiente que recuerdo es cómo la habitación comenzó a oscurecerse.

Cuando abrí los ojos, Esmeralda y Juan no se hallaban en ella. En cuanto me incorporé, palpé mi cabeza y sentí un enorme chichón y la sangre seca que había brotado de ella. Con tranquilidad me senté en la cama y miré a mi alrededor, hallé el bate que tenía debajo de la cama y lo que seguramente era el objeto que había utilizado mi mujer para noquearme. Con paso tambaleante me acerqué a la ventana para mirar por la calle y no percibí a Esmeralda. Continué andando por la habitación hasta salir por el pasillo y mirar en la alcoba contigua. No hallé a mis hijos en ella, así que remonté escaleras abajo para ver si los descubría por la sala o en el comedor. Sin embargo no hallé a ambos. Ni a ellos, ni a la puta de su madre.

Capítulo 2



* * *

—¿Le ofrezco otro poco de café, señor? —Se escuchó de voz de una mujer.

—Por favor, señorita.

Rápidamente la mesera vertió en la taza blanca el líquido de agradable aroma y me sonrió. Me ofreció algunos recipientes de leche descremada y un par de sobres de endulzante con mucha cortesía para después marchar. Yo, nuevamente saqué mi celular de la chaqueta y contemplé la hora que marcaban las 20:22. Veintidós minutos habían

transcurrido ya y la mujer misteriosa seguía sin aparecer.

Qué locura me había sucedido en aquellos últimos meses, pues yo, no lo podía creer.

Una tarde y dentro de la oficina, revisé mi celular, ya que esperaba un mensaje de texto y en donde mi jefe tendría que mencionar en donde sería la próxima junta, ya que se había postergado para esa tarde. Cuando contemplé la bandeja de WhatsApp y miré un único mensaje de un número desconocido, lo abrí.

Hola David. ¿Cómo has estado?

Sinceramente no recordaba el número que se mostraba en pantalla y tenía solo una hora de haber sido enviado, así que indiqué.

Disculpa, pero ¿Quién es usted?

Enseguida contemplé cómo respondía con rapidez de la cual no me lo esperaba, pues nunca creí que estuviese aguardando.

Es de imaginar que no lo sepas,

pero déjame decirte que fuimos compañeros

hace muchísimo tiempo.

¿En serio?

Sí...así fue.

Dejé de teclear por un momento, y mirando la pantalla de mi celular percibí que seguía en línea. Así que pregunté nuevamente.

¿Cuál es tu nombre?

Con una agilidad respondió:

Soy Elizabeth

¿Elizabeth?

Sí...

Traté de hacer memoria, pero la verdad me fue imposible recordar aquella mujer. Y como me quedé divagando en mis pensamientos por largo tiempo ella

respondió.

Bueno, la verdad solo te escribí

para saber cómo has estado,

y preguntarte si te encantaría

tomar un café conmigo.

Pensé en sus palabras... Ciertamente tenía mucho trabajo y después de lo ocurrido con Esmeralda preferí apartarme de las mujeres. Pero esto era distinto, ya que Elizabeth me conocía y quería saber de mí. Con palabras dudosas respondí:

Tengo mucho trabajo

y ciertamente no sé cuándo sería oportuno.

Entiendo...

No quería cortarla de esa manera así que le indiqué.

Pero la próxima semana quedo libre,

y si gustas podemos tomar un café

y charlar un poco, ¿te importaría esperar?

Estupendo, no hay problema.

Qué te parece si me regresas el mensaje

en la semana para ponernos de acuerdo.

Perfecto. Te indico cuando.

Bien, entonces nos vemos pronto.

Bye.

Bye.

En la semana no remetí ningún mensaje, pues estaba indeciso y nervioso. No quería saber de mujeres de mi pasado y mucho menos de aquellas que me conocían. Me pregunté: <<Y qué tal si es una broma de Pablo... qué tal si mi cuate quería ridiculizarme, pues había hecho varias menciones en la oficina de mi situación y de la desgracia que pasé en mi matrimonio. Qué tal si había contratado alguna dama de compañía que hace pasar a uno tan agradable momento. O... qué tal si es alguna de sus primas de las que tanto me ha hablado y con la que me quiere enrolar... O podría ser que en verdad es una compañera de mi pasado y que quiere saber de viva voz lo ocurrido con Esmeralda>>

Verdaderamente estaba indeciso, pero después de recapitular me dije "qué más da" un café a nadie le viene mal. Así que le envié un mensaje de texto en donde le indicaba la dirección y la hora del lugar para concurrir. Ella respondió de inmediato y por último escribió "Allá nos vemos"

En el instante en el que vertí en segundo recipiente de leche sobre el café, recordé al Licenciado Ramírez. Este personaje que me ayudó con los papeles de divorcio, pues Esmeralda no tardó en hacérmelos llegar cuando abandonó nuestro hogar. Aquel rincón del cielo que con tanto sacrificio me esmeré en hacer y en el cual imaginé que viviríamos hasta los últimos días de nuestra vida.

El licenciado Ramírez cada fin de semana llegaba en punto de las cuatro de la tarde al restaurante que se localizaba sobre Masaryk. Me comunicaba de los últimos acuerdos que deseaba mi exmujer que era: el cincuenta por ciento de mis bienes, la casa de la playa de Zihuatanejo, un collar de rubíes que me había heredado mi abuela Vale, y para colmo, la camioneta que tenía poco de haber adquirido y que ella me había solicitado con tanto ahínco un mes antes de lo sucedido... Yo accedí, no porque se lo mereciera, ni porque hubiese aportado económicamente con estos bienes, sino porque si no lo hacía no me permitiría ver a mis hijos.

Cuando firmé los papeles de divorcio y percibí a Esmeralda del brazo de Juan, y junto con ellos a mis dos pequeñines, me di cuenta de que toda mi vida se iba con esa firma; mis bienes, mi mujer, mis hijos... y mi alma con

ellos.

¿Cómo se atrevió hacer algo así? ¿Cómo pudo pisotear mi corazón y cómo se atrevió hacer de mí el hazmerreír?

Sinceramente en esos días quería desaparecer, quería salir de mi propia realidad, quería escapar y rehuir a un lugar en donde nadie me conociera. Pero mis hijos, mis hermosos hijos me lo impidieron. Y no porque me sentía obligado o atados a ellos, sino que eran todo mi mundo o lo que quedaba de ello.

Capítulo 3

* * *

Miré a una pareja llegar y sentarse en el gabinete de enfrente. Con mucha cortesía el joven cedió el asiento a la mujer y él se sentó frente de mí. Observé como le sonreía a la chica y cómo se percibía tan nervioso e inquieto en su presencia pues meneaba un pie y se tronó los dedos como yo alguna vez lo hice.

Estaba decidido a marchar, era una locura permanecer más tiempo, pues no era tan joven como hace algunos años atrás y estaba seguro de que no asistiría a nuestra cita.

Cuando me levanté del gabinete y estiré el brazo para coger mi chaqueta, alguien al fondo llamó mi atención. Una mujer de silueta encantadora y de piernas largas se venía encaminando hacia mí. La contemplé atónito, pues llevaba puesto un vestido corto en un tono durazno con pequeños lunares azules y con escote en forma de corazón. De melena castaña oscura y de ojos amielados que se descubrían por debajo de unas pestañas largas y rizadas. Sus labios mantenían un tono rojizo brillante que provocaban el deseo de besarlos. En la mano derecha portaba una pequeña cartera y sobre el antebrazo izquierdo portaba un suéter.

Me quedé atónito... Sabía que era ella. Pues me había informado en un mensaje de texto que traería sobre su atuendo un pequeño dije en forma de rosa. En cuanto contemplé el artículo sobre su pecho... sonreí. La encantadora mujer me regresó el gesto y de inmediato me acerqué para saludar.

—Elizabeth... ¿verdad?

—David — me sonrió—... ¿Acaso no te acuerdas de mí?

Yo, besé su mejilla y después la miré atónito, sinceramente no me acordaba de ella, y a decir verdad una mujer como esa no podría pasar inadvertida ante mí.

—Perdóname Elizabeth, pero sinceramente no lo recuerdo. Por favor, toma asiento. —y señalé el gabinete. Ila con mucha delicadeza se sentó en él y colocó sus pertenencias a su costado. Yo, sonreí como aquel joven que momentos antes había observado y que permanecía en el lugar.

—Perdóname el retraso —expresó—, pero sinceramente no reconozco estos rumbos. Di tres bueltas por la zona hasta que un joven me dijo que

era aquí.

—¡Oh, no! No hay problema.

—Pensé que no aguardarías por mí. Siempre he sabido lo desesperado que eres en aguardar por alguien.

—¿Lo sabes?

—Por supuesto. No podría olvidarlo. Ya que si no mal recuerdo tú mandaste a todo el grupo a volar cuando uno del equipo no llegó a tiempo, ¿Lo recuerdas...? Fue en el primer año de la preparatoria.

—¡Ah!, entonces, fue ahí en donde nos conocimos, ¿verdad?

—En efecto... Dime, ¿ya ordenaste?

—Oh, no. Aún no. Esperaba tu llegada para que lo hiciéramos juntos.

—Perfecto... Qué te parece si lo hacemos ya, pues tengo mucha hambre.

—No hay problema. —Alcé la mano para llamar a la camarera que en cuanto me vio se aproximó a la mesa para tomar la orden. Nuevamente la chica me ofreció otra taza de café y otra a mi acompañante.

Ordenamos un guisado que no sé si me supo exquisito porque me sentía feliz o porque verdaderamente lo estaba, simplemente todo estaba marchando como no me lo esperaba.

Charlamos en todo momento y me hizo saber que hace quince años éramos compañeros de grupo, pero que nunca se atrevió a dirigirme la palabra porque por aquel entonces ella era muy tímida y retraída.

—Disculpa que no te halla reconocido Elizabeth, pero de haberlo sabido te aseguro que esta charla la hubiésemos tenido hace tiempo.

—Puede que sí —declaró—. No sabes lo feliz que me hizo el ver tu rostro nuevamente en la oficina en la que trabajo. Nunca creí que tú te dedicaras también a esto.

—Y sinceramente yo nunca hubiese imaginado que tú te dedicaras a lo mismo. —Repuse.

—¿Tan extraño es para ti que una mujer se dedique a la petroquímica?

—No, para nada. Simplemente creo que son contadas las mujeres que he conocido que se dedican a esto... O son pocas con las que me relaciono.

—Pero dime... —replicó en el mismo instante en el que me sonreía— ¿Cómo te ha tratado la vida? Estás casado o soltero. Cuéntame por favor.

Nunca esperé que planteara esa pregunta tan abiertamente, o se deberá a que muchos no lo preguntaban desde hace tiempo, pues sabían perfectamente como era mi desastrosa vida.

—Pues qué te cuento — suspiré—... Hace algunos años me casé.

—Oh, entiendo. ¿Y quién ha sido la afortunada?

—Una chica a la que conocí en la facultad... Se llamaba Esmeralda.

—¿Se llamaba...? ¿Pues qué ocurrió con ella? No me dirás que se murió.

—Así fue.

—Oh, como lo ciento. Perdona, no quise incomodarte.

—No te preocupes. No me incomoda porque ya no importa.

Mirándome muy sorprendida declaró:

—¿Acaso no te dolió el perderla?

—No como lo esperaba. —guardó silencio esperando pacientemente a que yo declarara. Al instante respiré hondo, y sosteniendo la taza de café entre mis manos expresé. —Me casé con ella hace diez años. Sin embargo nos divorciamos hace tres y un año más tarde murió en un accidente automovilístico.

—Mira, cómo es la vida —expresó aquellas palabras mientras cruzaba la pierna—. Pero dime, ¿tienes hijos?

—Claro que sí —respondí de inmediato—, tengo dos. El mayor de ellos se llama Trevor y tiene nueve años; mi pequeñita se llama Sara y acaba de cumplir cinco. Pero no quiero seguir hablando de mí. Dime... ¿También te casaste?

—¡Oh, no. Claro que no! —y rio—. Viví con él durante ocho años, pero después de ese tiempo, tuvo la brillante idea de declarar que no éramos compatibles pues él deseaba tener hijos y yo no podía dárselos. Así que su secretaria le hizo ese enorme favor y terminó por abandonarme. —lo dijo

tan secamente como si aquella relación no hubiese sido tan importante para ella. Y después de un rato agregó: — Sabes... tengo la certeza de que este puede ser el inicio de una buena amistad.

—Lo mismo digo.

Y con taza en mano me atreví a brindar.

—Salud, Elizabeth... por una prospera y buena amistad.

—Salud... por el agradable reencuentro.

Capítulo 4

Con el paso de las horas y después de tener una charla tan amena nos despedimos y retornamos a nuestros respectivos hogares.con la certeza de volver a repetir.